

nazar con la mano abierta, soplar para apagar una bujía, tirar del pelo, remedar una actitud—Quintín no salía de su despacho sino para coger á Tina, chillarla, auparla, cantarla mil estribillos de padre baboso. Ninguno de estos extremos locos y bonitos hacía Mercedes; no lograba vencerse y representar la comedia compuesta por ella misma. Y los transportes de Quintín, sus alegrías paternas, avivaban la llama del odio, no extinguida desde el momento fatal de la ruptura.

Así es el odio: cunde más todavía que el amor. Despunta en un alma la vegetación de la ponzoñosa euforbia, y de extremo á extremo la cubre con sus negras ramitas velludas y espinosas y sus flores de gotas de sangre cuajada. No tenía la de Alvarado toda la culpa, si la euforbia destilaba despacio su jugo dentro del corazón, jugo de hiel y de acíbar. Al que le quitan el amor, ¿qué le dejan? Si no es capaz de indiferencia..., el odio, y el odio.

Quintín, después de abandonarla á la hora en que la reparación era posible, no hizo nada, al verse obligado á unirse con ella, para borrar el recuerdo de su falsía y su doblez. No ofende tanto el hecho como el modo..., y el modo de dejarla y el de aceptarla nuevamente eran, no una ofensa, un sartal de ofensas. La memoria de los años de pasión, de cordialidad, de buena fe, de intimidad amorosa, agravaba la mortificación presente. Quintín, con su esposa, no era brutal ni grosero—era algo peor: un témpano, un insensible, gastado ya, inerte, no sólo para

el deliquio, sino hasta para el cariño fraternal...— ¡Si se supiese cuánto mal engendra el mal de no querer! ¡Extraña luna de miel aquella! Las veces que pudo creer Mercedes que tenía esposo ó amante, fueron clara demostración de que ni amigo tenía. Secas, distraídas, yertas, hostiles las relaciones conyugales, quedaba después de ellas la señora más airada, más dolorida, más indignada, allá en lo recóndito de su tenebroso pensar... «Le perdonaría los agravios de antes..., y no puedo perdonarle la manera de acariciarme ahora...» El vacío de su existencia iba colmándose con sentires que, al pronto, la asombraron. La corona de abrojos de su alma tenía espinas de desprecio, de ensañamiento y de ansia de dañar. Se fundaba el desprecio en la ciega y repentina credulidad de Carrillo al abrir los brazos, sin examen, á la criatura que le presentaban; y el deseo de causar daño, mucho daño, un daño horrible—de retorcer, de destruir—en el fracaso de la *ven-detta*, á la cual debía Quintín un tesoro inagotable de goces...

Como quiera que el odio no es el olvido; como á veces es pasión gangrenada, entraba también en el sufrir de Mercedes el elemento de los celos. ¡Celos sin amor, sin estimación, compatibles con el aborrecimiento! ¿De quién tenía celos? De todo, de todos; de la olvidada provincianita, pues conocía el episodio veraniego; y, especialmente, de la niña. A cada mimo que Quintín prodigaba á la criatura; á cada palabra tierna que murmuraba, con aquellas inflexiones

de voz tan conocidas en otro tiempo, y que le habían pertenecido sólo á ella, á Mercedes, un estremecimiento profundo, convulsivo, agitaba los nervios de la señora. Inventando pretextos le quitaba de los brazos á Tina, ordenando al ama ó á la niñera que la tuviesen por allá, que el señorito necesitaba dedicarse á su trabajo... Y así se estableció la lucha de cada momento, reflejo de la obsesión que empezaba á apoderarse de Mercedes. Separar al *padre* y á la *hija*, alzar entre ellos una valla; que no disfrutase Quintín de las delicias afectivas, saboreadas tan golosamente; que la niña prefiriese á su *madre*; disputársela, absorberla, no soltarla ni un minuto...

Ningún apego sentía Mercedes hacia Tina; más bien la criaturita plebeya la inspiraba indefinible repulsión. No obstante, apenas regresaron, al cabo de dos años, á Madrid, y Tina se soltó á andar y á manejar una lengua de trapos muy ágil y muy donosa—testimonio de su origen chulo—, la señora puso por obra el plan de no cedérsela á Carrillo ni un instante. Se pregunta á veces la gente la razón por qué personas antes muy sociables y aficionadas á entrar y salir, se han recogido de golpe entre cuatro paredes, y no se dejan ver ni de los amigos que más frecuentaban. Se amontonan conjeturas: enfermedad, ruina? Y á menudo no es sino el cultivo intensivo de un sentimiento—amor, odio—; el encarnizamiento de una batalla doméstica cuyo ruido, cuyo polvo, cuyos estragos, desde afuera no se advierten. Descuidó Merce-

des hasta su tocado; no pagó visitas; prescindió de diversiones, á trueque de no apartarse de Tina y llevársela en coche por sitios retirados, lejos, lo más lejos posible de Carrillo... «Si logro que la niña me prefiera..., él rabiará.» Y vinieron los regalos de juguetes, las coqueterías del traje de Tina, las mil menudencias con las cuales se gana la voluntad á un niño... Quizás, muy escondidamente, dirigía la conducta de Mercedes un anhelo que ni á sí misma se hubiese confesado: el de atraer á Carrillo con el señuelo de la criatura, á su lado, á su intimidad. El misterio de nuestro espíritu es tal, que no desciframos siempre el móvil verdadero de nuestros actos. Capaces de engañar á todos, nos engañamos á nosotros en primer término. El amor mentirá, y no hay duda que miente con harta frecuencia; pero también miente el odio, y odio y amor, encontrándose en la sombra, truecan sus dardos y los clavan, sin que se averigüe de qué mano fué la herida.

IX

Aborrecía Mercedes al hombre con quien vivía unida en matrimonio; pero la raíz de su aborrecimiento, raíz era de pasión, y de pasión antigua y honda, que había abrasado largamente sus entrañas..., y lo que la memoria, lo

que el entendimiento olvidasen, las entrañas lo recordaban incesantemente, con dolorosa punzada secreta. El fantasma invisible de lo pasado resurgía, aunque la señora lo rechazase. Creíase Mercedes sinceramente incapaz de perdón; pero ¿quién sabe nunca hasta dónde llega la elasticidad del alma? ¿No es cada alma cifra de lo infinito? La fórmula de la esperanza consiste en creer que nunca es tarde... ¡Si Carrillo hubiese llamado á la puerta, en apariencia de bronce y sin llave, quizás le respondiesen desde lo interior de la tristísima morada, en que se consumía y se devoraba el corazón su infeliz mujer! Lejos de llamar, Carrillo se iba más lejos, más lejos... Entumecido al principio, ahora se entregaba también al sentimiento negro, porque á su vez sufría celosamente, viendo cómo la que creía madre se apoderaba de la niña, ejercitando un derecho imposible de discutir, imposible de coartar... Cuando daba señales de contrariedad y manifestaba el afán de poseer á Tina unos minutos, sentándola en sus rodillas ó sacándola á paseo—¡el sueño antiguo, el hijo llevado de la mano!—Mercedes se oponía, con frases agrias y desdeñosas: «Mi hija es mía. Bastantes amarguras y sofocos me ha costado. Cuando yo la traje á este mundo, tú te divertías en San Sebastián. El que quiere hijos, que pase tragos por ellos. No te exigí que te casases conmigo. Lo has hecho..., porque se te antojó. No te debo consideraciones. ¡Mi hija es mía!» Y Carrillo, de noche, se revolvía desazonado entre las sábanas, cavilando en la conquista de su hija—en

la manera de apoderarse de aquel sér por quien había sacrificado el amor naciente y la perspectiva de la paz doméstica. Porque también él, Carrillo, había sacrificado... ¡Era inicuo que no tuviese alguna compensación! ¡No era justo que le tostasen á fuego lento, que le privasen de lo único que amaba!

Al fin, después de dar miles de vueltas, en cientos de noches de insomnio, en que cundieron descaradamente los hilos blancos que antes sólo asomaban á trechos entre su barba, optó por una solución. Si Mercedes no le dejaba llevarse consigo á Tina, Mercedes no podía rehusar la compañía de su marido... Y en casa, en el coche, en los teatros por la tarde, pudo verse á Quintín y Mercedes juntos, y en medio la niña, exageradamente mimada y halagada á porfía por los dos... El mundo (aquel mundo distraído, cuya actitud favorita, como sabemos, es el bévolo encogimiento de hombros) encontró una coyuntura de esforzar el optimismo, y las señoras gordas y candorosas—¡hay tantas!—se baboron repitiendo á porfía: «Da gusto ver á ese matrimonio con su nena... Es un cuadro consolador... Todavía quedan familias á la antigua, unidas y cariñosas...»

El infierno entre dos y disputándose á un ángelín: así pudiera definirse el hogar de Carrillo... Nada salpicaba al exterior de aquel amargo oleaje; casi no había regaños ni frases pinchonas; todo estaba en la actitud, en el gesto, en la inflexión de la voz... ¡y era sobrado! El suplicio del alfilerazo fué el martirio que por

entonces agotó Carrillo, sin que quedase en su cuerpo un milímetro de piel donde el alfiler no se hincase, sacando su gotita castaña, su menudo rocío de sangre frita. Había alfileres hasta en los ojos de Mercedes, los ojos que antaño eran todos luz pasional, fluido viviente de atracción... Un movimiento, un alzar de cejas, un codazo, clavaban —¡pic!— el alfiler, no sólo en la epidermis, más adentro... Quintín andaba á dos dedos de volverse loco. La hipótesis de arrojar á Mercedes por un balcón—descabellada hipótesis, de la cual se mofaba de día—obsesionaba su cerebro todas las noches.

—Cuándo me veré libre de...—Y se detenía, y empezaba á devanar la madeja del remordimiento—. ¡Es su madre! ¡Y es una mujer á quien abandoné en condiciones...!

Faltábale á Quintín añadir, arrepentido, que el mal engendra, como todos los seres, á su semejante, y que la mentira atrae la venganza...

Sin embargo, la actitud resignada y algo contrita de Carrillo dió sus frutos. En la reñida lucha de sus supuestos padres por apoderarse de su corazoncito, Tina, generosa y compasiva por transmisión hereditaria de su madre verdadera, la vehemente chulapa, dió en inclinarse al «pobe papá, que está siempre tan callado y tan tiste.» Las preferencias de los niños poco tiempo están ocultas. Se demuestran con la espontaneidad y la vivacidad propia de todas sus acciones. En el modo de echarle los brazos al cuello la criatura; en la zalamería del beso, gorjeado con el estribillo de «papaíto... papaíto... riquín...»;

en la tenacidad de ofrecerle sus juguetes, «para que te diviertas mucho, ¿eh? Para que te rías, prr; así, así», hinchando la mejillas, y apretando la boca, y espurriando la carcajada al repetirlo, Quintín conoció su triunfo... En voz bajísima se atrevió á susurrar al oído de la niña, cogiendo las vueltas á Mercedes:

—¿A quién quieres tú más, gloria, á mamá ó á mí?

Y el pecho le palpitaba anhelante esperando la respuesta, y saltó de júbilo y enajenamiento al oír la vocecilla fresca, apagada por precoz disimulo, afirmando:

—A ti... á ti... No lo digas á mamá... ¿eh?... Es á ti, riquín... guapo...

Guardó Carrillo su delicioso secreto... Pero, ¿hay modo de ocultar nada á la inquisición perenne de una mujer que persigue una venganza segura y silenciosa? Reparando en la satisfacción mal encubierta de Carrillo, Mercedes adoptó otra táctica. Fué mostrando á la niña primero desvío, luego un género de malquerencia, una severidad áspera, no de madre educadora, sino de madrastra en acecho...

X

Una noche Carrillo pidió encarecidamente á la doncella francesa que Mercedes tenía al cuidado de Tina, el favor de ser él quien sirviese á la pequeña el chocolate y el par de huevos

pasados que constitufan su cena. Soñaba Quintín con este placer desde hacía dos semanas. ¡Había envidiado tanto á Mercedes el privilegio! Puesto que ahora recaía en la criada, se atrevería el padre...

Ante la mesa redonda, ya cubierta por pulcro mantel de granillo orlado de guipur, se hallaba sentada Tina; Quintín, á su lado, cortaba tiritas de pan que remojar en la yema. Empezó por atar bajo la barbita el babero, con su rótulo bordado: *Sois sage*. Después, al traer *Palmyre* los huevos, muy arropados en una servilleta para que no se enfriasen, Quintín los puso en la doble huevera y los cascó limpiamente, revolviendo la yema y mojando el pan... Tina abría la boca riendo y piaba como un pollito:

—Bevo á mí... bevo á mí.

Embelesado, servíala Quintín con ademanes de adoración. La miraba morder, tragar el bocado, y hubiese querido darle el jugo de sus venas, lo mejor de sí mismo... Reía puerilmente á su vez, y suplicaba de un modo cómico:

—Déjame un poquirritín, nena. Yo también tengo hambre...

Y la doncella, prestándose al juego, ayudaba.

—*Vois tu, papa á très faim... Voyons! mignonne...! Paw' papa, faut lui laisser un tout petit morceau...*

Pero la chiquilla se hacía la sorda y engullía glotonamente. Devoró los huevos; el chocolate, espumoso y fino, aromatizado de vainilla, venía ya en su bandeja, flaqueado de tos-

tadas y bizcochos. Tina, casi saciada, mojó un bizcocho ella misma y lo tendió á la boca de Carrillo, esgrimiéndolo con tal acierto, que le dibujó varios jeroglíficos marrón en la mejilla y frente, mientras chillaba:

—Topolate pa ti... Pa ti...

Ahogándose de risa, Quintín afectaba relacionarse, aunque fuesen sus labios la única facción de la cara que no había probado el chocolate. «¡Máam, que rico!» Y era un concierto de carcajadas, porque también la francesa, en falseté, celebraba la ocurrencia... *Très drôte!* La puerta del comedor se abrió; apareció en ella Mercedes. Avanzó silenciosa, mirando fijamente á su marido, á Tina, á la doncella.

—Puede usted retirarse, *Palmyre*...

La muchacha bajó los ojos y salió. Carrillo sentía frío en las palmas de las manos, y se puso delante de la niña, como para protegerla. La de Alvarado le desvió, apoyándole el dedo índice en el hombro.

—Ve á limpiarte ese tatuaje, estás ridículo; pareces un comparsa de Apolo en *La vuelta al mundo*.

Cobardemente, Carrillo retrocedió... sin irse. Y vió, como en una pesadilla, arremangadas las falditas de la nena, descubierto su blanco nalgatorio, y la mano de Mercedes que caía abierta y claqueaba dos ó tres veces, al paso que su voz, sin eco, blanca de ira, profería entre los dientes apretados:

—Para que aprendas á hacer cochinas.

Los niños azotados no lloran al primer azo-

teo. Si son criaturas felices, no maltratadas nunca, las sobrecoge tanto la dureza (más que el dolor), que enmudecen. Sólo á la nalgada tercera rompió Tina en un llanto corto, de hipo, de profunda angustia. Y Carrillo, pálido, echando fuego por los ojos, detuvo en el aire el brazo de su mujer.

—No la pegues... No la pegues... No volveré á darla su cena... No tengas cuidado... Pero no la hagas daño... Ten compasión, Mercedes... No puedo ver esto... Es nuestra niña... ¡Acuérdate de que es nuestra niña!

No contestó la señora. Arrojó una mirada indefinible á su compañero; volvió las espaldas... Y, ya en su habitación, se echó sobre la cama y rompió en desesperados sollozos... ¡Su niña! No, su venganza... Eso era la criatura, y si no servía para eso, más valía enviarla allá, al Escorial, con los que la habían engendrado y con sus hermanitos legítimos, á jugar entre el barro y las ortigas del camino real, calzada de lona y con las greñas amarradas por un bramante... Ser cruel con la niña, era un modo de dar tortura á Carrillo...

No obstante, desagradaba á Mercedes el papel de atormentadora, y después de los azotes, se sintió á mal consigo misma. ¡Adónde la conducían el desamor y la falsedad de Quintín! Le echaba la culpa; por un sofisma ingenioso, hacía responsable del horrible drama moral que se desarrollaba en su espíritu, enturbiado y disuelto por la desesperanza. No era fácil, tampoco, aunque de ello se sintiera capaz, que

Mercedes estableciese como sistema martirizar á Tina; desde lejos, seña Malia velaba por su prole. Casi todos los meses se encaminaba á Madrid, á pretexto de traer regalos de frutas ó roscos, de dar cuenta de algún suceso doméstico, de consultas, y sus ojos brillaban, y sus labios se humedecían, babosos, al encontrarse á la niña en el pasillo ó en el gabinete de la señora.

—¡Andá! ¡Cómo ha crecido la muñeca! ¡Qué bonita que va á ser! Es una bendición... ¿Me das un beso, rica?

Y con tono enigmático, con dejo irónico, ordenaba la de Alvarado:

—Tina, nena... Besa á Malia. Bésala muy fuerte... ¡Aprieta!... ¡Así!

No cruzaba por la imaginación de la chula deplorar lo hecho: bien estaban las cosas; ellos *allá* mejor que querían, y lo que es hijos no habían de faltarla; como que ya uno más, desde Navidades, anunciaba con pataditas su intento de presentarse en el mundo... No; Malia se felicitaba de lo ocurrido; pero si ella sospechase que á la nena la matrataban tanto así... ¡ah, entonces! Una cosa es una cosa y otra es otra... y el vigilante corazón leonino de la intrépida y el chulapa, aquel corazón que ocupaba todo el cuerpo, no estaba forjado para tolerar por interés iniquidad semejante...

XI

Así, desde lejos, una fuerza natural, el amor de la madre, velaba por la inocente criatura.

Natural era también— aunque criminal, y acaso más natural por eso precisamente— la fuerza que poco á poco iba generando en el espíritu enfermo de Mercedes el odio á Tina, retoño del odio á Quintín. Aun sin maltratar á la niña, la rechazaba, y comprobaba á cada instante que la aborrecía de un modo incoercible. Puede haber cariño en una bofetada y odio en una caricia. Para decir claramente que odiaba á la pequeña, sobrábale á Mercedes con un gesto, un fruncimiento de boca y una lumbre de ojos, una nerviosidad de la mano al abrochar un botón, un hielo de los labios negándose al beso. Tenía entonces la niña, oficialmente, cinco años; en realidad, seis; estaba en esa edad, límbica aún por muchos estilos, pero en que empieza á formarse la conciencia sentimental— y aunque sólo fuese por comparación con las adoraciones fanáticas de Carrillo, había de notar el hostil desvío de Mercedes; porque la señora de Alvarado, detestándola, no se separaba de ella; no quería permitir que Quintín poseyese libremente á su chiquilla— y ésta, temerosa ya, cohibida por el ambiente enemigo

que la rodeaba, se entristecía, sentada horas enteras, silenciosa.

—Mamá no me quiere, papaito—secreteó un día al oído de Quintín—. Yo quería que tú me llevases á la talle. Pero tú, tú nada más.

La confidencia, aunque nada nuevo dijera á Quintín, exaltó, si cabe, su delirante paternidad, dándole carácter de empresa heroica: la salvación de una víctima. Además, acabó de separarle para siempre de Mercedes. Sin ruido, sin escándalo, se consumó el divorcio de aquellos dos seres que tanto se atraieron un día. Continuaban viviendo juntos, pero en su lenguaje interior (no hay nadie que no posea ese lenguaje, especie de *argot* psicológico), Quintín llamaba á Mercedes *la madrastra*, y Mercedes á Quintín *el imbécil*. Agotaban la copa de ajeno del desprecio; se embriagaban de aspiraciones á todo género de maldades; llevaban á Satanás—el que no puede amar—dentro, abrasando y envenenando sus venas.

Empezó Quintín á desear la muerte de Mercedes con un motivo pueril... Quizás la desease antes, sin saberlo, como había deseado, ¡oh ironía!, la del Brigadier Morans... Fué el caso que, al fijarse la fisonomía de Tina, comenzaron los servidores—en primer término el socarrón de Benito, hipócrita y ladino por excelencia—á exclamar que la pequeña era «toda la cara del señor». Como regocijase tanto á Carrillo esta bobería, desde *Palmyre* hasta la pinche fregona, el cochero y el lacayo, el carbonero y la lavandera, á coro, aduladores, la repitieron.

Y Quintín, comiéndose con los ojos á la niña, buscando ¡y encontrando! en su carita la supuesta semejanza, disfrutaba una fruición inexplicable... ¡No se parecía á Mercedes! ¡Se parecía á él!... Acertó á cruzar la de Alvarado por la antesala en ocasión que la niñera, juntando las manos de admiración ante la niña, vestida para salir y alzada en brazos de Quintín, balbuceaba:

—¡Si es el señor escupido!

Y Mercedes, arrojando una ojeada de incomparable desdén al grupo, soltó una risa insultante, una risa feroz, repitiendo:

—¡Escupido! ¡Escupidito!...

Carrillo saltó... Un impulso violento le lanzaba hacia aquella mujer, impulsó que no era dueño de dominar... La hubiese pateado. Por la noche, en el trajín del desvelo, imágenes importunas le asediaban. Se veía viudo, venturoso, dueño de entregarse á su dicha paternal... ¡El único obstáculo era Mercedes!...

A su vez, la señora soñaba con la muerte, ¡la muerte que consuma las venganzas, grabando en ellas la impronta de lo irreparable! Cuando se desvanece la idea del amor en almas semejantes á la de Mercedes, donde hay mucha resaca de pasiones y, como en el mar, el equinoccio de otoño desencadena tempestades, surge de un modo infalible esa otra idea, hermana de la amorosa... «Si muriese la niña, ¡qué pena para Quintín!» Un estremecimiento de todo el sér de Mercedes fué la protesta de lo que aún había en él de noble, al cerciorarse de que an-

siaba la desaparición del angelito, mezclado sin culpa y por la casualidad en un drama moral tan espantoso... No sería verdad decir que no intentó rechazarla; pero, á la segunda noche de vigilia febril, la acariciaba ya... ¡Un niño muere tan fácilmente! ¡Hay tantas enfermedades que atacan en especial á los chiquillos! Que resbalase en una escalera; que *Palmyre* la dejase sentada en el alféizar de la ventana mientras buscaba una prenda de ropa... que la chiquilla se inclinase una miaja y la cabeza la pesase más que el cuerpo... ¡Tanta contingencia!... Después de todo, ¿no es un bien muy grande morir de niño? ¿No se ahorran amarguras á montones? Tina crecería, amaría, pondría en un hombre toda la idealidad de su espíritu, todo el calor de su sangre, todo el fuego de sus sentires... y una tarde el hombre entraría en su cuarto, pletórico de mentira, á mascar: «Tengo treinta y ocho años y salgo á un viaje... Escribiré...» ¡Cuánto más hubiese valido para Mercedes no convalecer del ataque meningeo que padeció en la infancia!...

¡La meningitis! Su nombre, aterrador para las madres, brilló con infernal claridad en el pensamiento de Mercedes... Las chiquillas listas, precoces, suelen padecer este mal... Y Tina, á fuer de niña única, zarandeada y estimulada por todos, tenía salidas, parecía lista como una pimienta... ¡Fácil era que!... Un sudor frío en las sienes de Mercedes respondía á la plástica previsión con que se le representaba la tristísima imagen... Se incorporaba en la cama; daba

luz eléctrica; castañeteando los dientes, saltaba á la alfombra, y, arropada en su bata de franela, se agazapaba en la meridiana, metiéndose los puños por las mejillas. Temblona de pulso, se escanciaba agua del servicio colocado sobre la mesa de noche; mezclaba en ella unas gotas de azahar y paseaba la mirada por el dormitorio. Era el mismo que había ocupado siempre, desde el principio de sus amoríos con Quintín; no había un pliegue de cortina, un ángulo de mueble, un dibujo de la tela que vestía sus paredes que no estuviesen para ella embebidos de pasado, palpitantes de las pérdidas dichas de ayer... Y aquello que pudiera ser dulce y melancólico, era acerbo, era un latigazo para su furia...

—Le he engañado, pero al engañarle he dado á su vida un objeto, he iluminado su alma con la luz del querer... El es más feliz que yo; vaya, ¡mil veces más feliz! Se cree padre, mientras yo sé que soy una impostora, y esa chiquilla, la hija del arroyo... Mientras viva Tinita, él vivirá contento... ¡Tinita debe morir!... Es indispensable; no resta ya otro medio de venganza... Debe morir...

Desde la voluntad que sentencia hasta la voluntad que busca la manera de ejecutar lo sentenciado, hay todavía incalculable distancia... Atroz es pensar ciertas cosas, pero de seguro tal atrocidad no es caso raro, ni mucho menos; y si se pudiera alzar la tapa de los cráneos como Asmodeo alzaba los tejados, veríamos el secreto anhelo con que el interés suprime mentalmente lo que le estorba. La transición de esta obscura

y miserable ansia, al *acto*, es ya menos frecuente dentro de nuestra civilización con base humanitaria... Nos reímos al oír que tal subalterno está deseando que el diablo se lleve á su jefe, que tal sobrino abrazaría al médico si despachase á la eternidad á su tío... y no tendríamos palabras bastantes de reprobación cuando el subalterno, el sobrino, el impaciente—cuquiera que sea—de enmendarle la plana al destino, lo hiciesen con el revólver, el láudano ó la cuerda... Por dentro, es distinto. El alma esgrime aquel puñal que vió en el aire Macbeth, asido por mano invisible. El alma asesina, la mano respeta.

Si lo más verdadero de nosotros mismos es lo interno, lo que permanece oculto..., ¡cuánto criminal vive y muere, para el mundo, dentro de los límites de la rectitud y la honradez!

Como tantas y tantos, Mercedes *quería*... lo que nunca se hubiese determinado á *realizar*. Ni aun de dejar abierta una ventana, en una noche cruda de invierno, para que Tina cogiese una bronquitis; ni aun de asestar ese género de invisible puñalada se sentía capaz. Altas vallas se alzaban entre la voluntad—definitiva, categórica—, de que Tinita se fuese en una caja blanca enguatada de raso, y el gesto rápido que podría transformar la aspiración en hecho. Lo triste para Mercedes era que no la contuviesen ni la virtud, ni la bondad, ni el reconocimiento de una ley superior á nuestras pasiones, ni la diestra suave y forzada de Cristo, que agarra por el borde de la túnica, ante el precipicio, á

los que creen... La detenía *algo* sin forma ni nombre: una pasividad fatal, una convicción de que *no era posible*; de que *ella no haría eso*, y no lo haría, como no hacemos las cosas superiores á nuestras fuerzas: descolgar una estrella ó desgajar una roca enorme... Y allá en lo recóndito, la voz maldita, repitiendo:

—Tina ha de morir... No hay otra venganza...

XII

Fué una mañana, al despertarse—¡quién sabe si durante el sueño!—cuando la de Alvarado encontró la solución. Mataría á la niña, ya lo creo... ¡La mataría! Sin palo ni piedra. Sin crimen... ¿Era concebible que no se le hubiese ocurrido antes? ¡Una cosa tan obvia, tan fácil, tan lógica! Se levantó, anduvo agitada por el cuarto, y, sin testigos, prorrumpió Mercedes en amarga carcajada, se frotó las manos y dió con el pie en el suelo en testimonio de resolución inquebrantable. De esta vez Carrillo se quedaría sin hija... y con esposa. ¡Encadenado por toda su vida á la roca del buitre, frente á frente con la que ya podía llamar su mortal enemiga, y privado del consuelo y del placer de la paternidad! Todo conseguido por el más eficaz y natural de los medios, infalible, pronto, seguro: ¡el complemento de la ven-

ganza! ¡Ah! Respiró ampliamente la señora... Se bañó, se peinó, se vistió, no sin refinamiento de coquetería, y con fulgor en los ojos y el triunfo escrito en la cara, se dirigió al despacho de su marido, donde entró sin llamar ni preguntar.

Era el bronco gabinete de estudio del hombre para quien la ciencia es un instrumento de trabajo, no recreo y manía de algunas horas. Abandonado moralmente Quintín por su mujer, veía depositarse el polvo en capas grises sobre las pilas de libros y los cuadernos empedrados de números, sin preocuparse, ajeno á la elegancia y aun á la limpieza, absorto en más apremiantes cuidados. Sólo Benito— aunque pasado con armas y bagajes al partido de la *ñorita*, que era, sin género de duda, más lista que el *ñorito*—paseaba de vez en cuando un negligente plumero y una lánguida escoba por la habitación. «Enfádase si le revuelven sus papelochos»—decía en la cocina, para disculparse. A tiempo que empujó la puerta Mercedes, Carrillo trabajaba; tenía extendidos por el ancha mesa planos, hojas enormes, mapas y volúmenes abiertos. Alzó la frente y no ocultó un involuntario esguince de mal humor y desagrado; el gesto que se hace al ver á los que no amamos y nos interrumpen. Mercedes sintió hincarse en su alma la resolución como un cuchillo. «Veremos qué mohín vas á hacer dentro de un cuarto de hora». Paladeando su sensación perversa, miró cara á cara, en actitud de reto, á Quintín, cuya frente cruzó una arruga

al advertir que su mujer, tomando una silla, se sentaba frente á él, del otro lado del vasto tablero.

—¿Ocurre algo?—interrogó de mal talante, dejando el lápiz y apoyando el codo en los papeles.

—Ocurre... sí; ocurre que vuelvo á tener que hacerte una comunicación..., ¿te acuerdas?, tan considerable, por lo menos, como aquella que te anuncié, ¿sabes?, el día en que tú me notificaste el rompimiento de relaciones... ¿Se te ha olvidado ya? Pero, ¡qué desmemoriado eres, Quintín *mío!* Vamos, un esfuerzo... El 15 de Marzo de...

Quintín la remiró con desabrimiento y melancolía. Ella le miraba igualmente. El sol, entrando de soslayo por la ventana, iluminaba su tez infiltrada de bilis, las relucientes canas de su barba, que trepaban ya á la sien, y el tul polvoriento sobre los libros y la escribanía de bronce.

—Bien, el 15 de Marzo..., acaba; tengo un trabajo urgente y deseo adelantar...

—Calma..., paciencia, como tú me dijiste entonces... El 15 de Marzo supimos los dos que habían fusilado á Morans, allá donde andaba guerreando... Tú lo sabías. No, no lo niegues, porque me consta que lo sabías al venir á mi casa...

Carrillo se estremeció; acababa de asaltarle una esperanza loca, fantástica, de melodrama.

—¿Ha resucitado tu marido? ¿Era falsa la noticia?

Mercedes le fulminó una ojeada tremenda y se encogió de hombros, riendo mofadoramente.

—¿Te has vuelto loco? No, no ha resucitado... Somos esposos ante Dios, la ley, los hombres... ¡Ante todo lo que se puede ser esposos!...

—¿Entonces?... Te agradecería que terminases...

—Sí, pronto será... Decíamos que sabías perfectamente que yo era viuda..., y me lo callaste, y me anunciaste, con circunloquios, que lo *nuestro* se acababa... Un cariño de diez años, una amiga que sólo vivió para ti, no te merecieron más... ¡Ni lealtad, ni respeto siquiera!... Me llamabas en confianza tu mujer... ¿te acuerdas?, ¡y al saber que podía serlo, te faltó tiempo para abandonarme!

—¿A qué viene ahora, hija?...—El acento era de cansancio, de repulsión.

—¡Viene! Ya, ya verás á lo que viene... Te fuiste, te arreglaste allá en San Sebastián con una mujer...

—¡Con una señorita!—El enojo empurpuró las mejillas amarillentas de Quintín.

—Con lo que fuese... Pensabas casarte... cuando te avisé de que tenías una hija...

—¿Me estás contando eso? No merecía la pena, un día en que me urge tanto la labor...

Se gozó breves momentos ella en calcular, en pregustar el efecto de la enormidad que retumbaría entre aquellas paredes revestidas de estantes, asordadas por los librotos aburridos, en fila, mostrando sus lomos, con rótulos fran-

ceses y británicos... «A matar á Tinita», repetía mentalmente; «á matarla en este corazón que fué mío y del cual inicua, arteramente, se me ha despojado...» Alzó la mano, hizo un ademán que significó «aguarda, prepárate...» y articuló, lentamente, destacando las palabras, y luego, revolviéndolas en la herida, después del primer golpe:

—Yo me propuse que no te burlases de mí... Es duro que se burlen de uno, que le escupan y se queden riendo... ¡No he nacido para dejarme escarnecer impunemente! El amor antiguo se me convirtió en... otra cosa... Todo era lícito contra ti; si no me hubieses ocultado la muerte de Morans, creo que hasta te perdonaría; el engaño es lo que no tiene excusa. Mira, se me ocurrió mientras todavía estábamos platicando, tú en el sillón, yo en el sofá, y tú desviándote con mucho recato, para no rozarme la mano siquiera. ¡Recato!... ¡Puah! ¡Qué miserables sois!

—Adelante..., ¿y qué?...—Carrillo, nervioso, rompió entre los dedos el lápiz.

—Que preparé mi desquite, tu castigo, con suma habilidad. ¡Oh! Nadie sabe de lo que es capaz hasta que le escupen á la cara y le parten el alma... Si seis meses antes me hubiesen dicho que haría lo que hice, contesto que no, que nunca. ¡Pues lo hice, y con un arte! He atado todos los cabos, he puesto de mi parte á la ley, he enredado la maraña, de suerte que ni el diablo la desenreda... Para la ley, Tina es tu hija...

Con brinco automático, Carrillo se levantó del sillón giratorio, pegando un puñetazo sobre la mesa. Su cara ponía miedo. Tal estaba de desencajado y mortal.

—¡Tina!—repetió—¡Tina!—Y no acertaba á proferir otras sílabas; y aun éstas salían roncadas, sin eco.

—Tina, sí—remedó Mercedes, desafiándole con bárbaro goce.—¡Ah! Lo he hecho al primor... Difícilmente probarán nada en contrario... Legalmente, es tuya y es mía esa chica, y no de sus padres, de señá Malia la portera y el borrachón de su marido... Ahí tienes: tu merecido te di. A engaño, engaño y medio. ¡Cómo me he complacido al verte tan crédulo, tan necio, tan prendado de la niña! Si me hubieses demostrado algún afecto, Quintín... sentiría lástima, hasta vergüenza de mi embuste. Sí, vergüenza; y trataría de endulzarte la vida, en tu hogar... Reconocerás que no te debí sino frialdad, antipatía... Hiciste bien; así me divertí contigo, con el fanteche ridículo que se cree padre y que no tiene ni un momento de lucidez. ¡Vamos; si á ti sería pecado no engañarte!

Había vuelto Carrillo á caer en el sillón, escondiendo entre las manos la cabeza... Mercedes permanecía en pie, satánica, vencedora. Sólo se oía el resuello angustioso de la víctima, y allá, á lo lejos, en la calle, las voces acanalladas y recias de un piano de manubrio, atornando los ámbitos al repetir por centésima vez la cancamurria de unos cuplés salpimentados.

De pronto, en el pasillo, sonó algo menos armonioso que el piano todavía: un acordeón de juguete, medio afónico, y en manos inexpertas. Gritos y gorjeos acompañaban al desacorde ruido; y de una garganta fresca, viva, límpida, salió este galimatías, pasando al través de la puerta cerrada:

—Papaíto... Atitoy... Te oy senata... Senata, pa que te duemas...—Y el instrumento músico, si cabe llamarle así, estiró y apresuró su flin-flan...

Carrillo apartó de la cara las manos, se alzó y se arrojó sobre Mercedes. Con fuerza de insensato la apretó el brazo, impulsándola á salir de la habitación. La de Alvarado temió por su vida: Quintín parecía un demente. Siempre empujando, arrollando á la niña, llegó con su mujer á la antesala, á la puerta de la calle. Corrió el pestillo y precipitó á Mercedes al descanso de la escalera, donde cayó arrodillada, tan sobrecogidas, que no dió un grito. Quintín si que gritó, vertiendo en el clamor su espíritu, recobrada la palabra al fin:

—¡Fuera de aquí, so embustera! ¡Largo! ¡A mentir fuera de aquí!

Cerró de golpe, y llamando á Tina, tomándola en brazos, la cubrió de hambrientos besos.

FINAFROL

I

TODAVÍA el gallo no había clarineado sus bélicas notas al aire húmedo de la mañana de otoño; y aún no se desperezaban los por-dioseros, amodorrados en el bienestar de la soñarrera, como si en vez de reposar sobre crujiente *poma* de maíz, les hubiesen dado lecho blandos plumones.

Hacia la derecha, el corral estaba limitado por un *alpendre* ó cobertizo, que respaldaba la tapia y cuyo frente formaban tablones mal juntos, escasa defensa contra el frío madrugero. A la izquierda se veía la casa de los caritativos. A dueños del Asilo, amplia y destartalada. Revestían los balaustres de la carcomida solana ristras de cebollas y espigas de maíz: el primer